

Librocidio

Siempre que tropiezo con una lista tipo la biblioteca imprescindible o las 100 obras maestras que hay que leer, suelo acordarme del aforismo de Flaubert: ¿Qué sabios seríamos si conociéramos a fondo no más de cinco o seis libros!

Identificar la sabiduría con el tamaño de la biblioteca es un prejuicio intelectual que rechazo, al menos en teoría, aunque en la práctica soy uno de tantos que intentan conquistar el Alpe d' Huez del conocimiento a base de machacar neuronas con anabolizantes librescos.

Literal y literariamente, los libros van empapelando tu vida hasta que alguien muy íntimo te amenaza: O los libros o yo, y entiendes que es el momento de soltar lastre, siquiera por hacer hueco a futuras ediciones. ¿Seré capaz de cometer un librocidio?, te preguntas.

Como objetos sagrados que son, lo primero que se me ocurre es arrojar los libros al fuego; pero lo descarto por no parecer un Goebbels en zapatillas. Por otra parte, las bibliotecas pasan ya de donaciones y el mercado de ocasión se ha convertido en un delicatessen de manoseados. Entonces... sólo queda la basura, ay.

Le prometes que vas a tirar 300 pero en verdad no piensas sacrificar ni un centenar, de los cuales a última hora indultas a la mitad, y finalmente te encuentras ante el contenedor azul con cinco o seis libros entre manos. ¿Justo los necesarios para alcanzar la sabiduría, según el viejo Flaubert! Así que te vuelves a casa y le imploras: Ana, míralos... Ellos nunca lo harían.